

## SU MISERICORDIA

Lc 15: Las parábolas de la misericordia

Jn 4: La samaritana y Jesús; la miseria humana y la misericordia divina

Mc 1,40-45: “Si quieres, puedes curarme”

1 Tim 1,12-17: “Encontré misericordia”

Jn 21,15-17: “¿Me amas?, Apacienta mis corderos”

“Soy juez, pero sobre todo soy su padre. El que es padre nunca puede dejar de serlo. Y ya se sabe cómo juzgan los padres a los hijos. Hay un ejemplo bien conocido de cómo juzgó un padre al hijo pródigo que se marchó de casa y luego volvió: el padre era el que más lloraba. Fijaos lo que Jesús ha ido a contar a los hombres. En realidad les ha revelado el secreto mismo de Dios, el secreto mismo del juicio: su infinita misericordia” (CH. PÉGUY).

“La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda la realidad de la conversión. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. Ella no cesó nunca de revelarse en sus corazones y en sus acciones, como una prueba singularmente creadora del amor que no se deja “vencer por el mal”, sino que “vence con el bien al mal”. Es necesario que el rostro genuino de la misericordia sea siempre desvelado de nuevo” (SAN JUAN PABLO II).

“En arrepintiéndose de lo que uno ha hecho, vuelve a la amistad que antes tenía, y aún mayor, si dicho arrepentimiento lo merece” (SANTA TERESA DE JESÚS).

“¿Cómo creaste, oh eterno Padre, a esta criatura tuya? Estoy enormemente sorprendida de esto. En efecto, he visto, tal y como tú me lo has mostrado, que no lo hiciste por ninguna otra razón, sino porque con tu luz te viste obligado por el fuego de tu caridad a darnos el ser, a pesar de las iniquidades que íbamos a cometer contra ti, oh eterno Padre. Tu fuego fue el que te obligó. Oh amor inefable, aunque en tu luz vieras todas las iniquidades que tu criatura iba a cometer contra tu bondad infinita, hiciste la vista gorda, y detuviste tu mirada en la belleza de tu criatura, de la que tú, como loco y ebrio de amor, te enamoraste y por amor la trajiste a ti, dándole el ser a tu imagen y semejanza. Tú, verdad eterna, me has declarado tu verdad, es decir, que el amor te obligó a crearla” (SANTA CATALINA DE SIENA).

“La palabra ‘madre’, una palabra hermosa y llena de amor, es en sí misma tan dulce y amable que no se puede realmente aplicar a nadie más que a Dios, que es la verdadera madre de la vida y de todo” (JULIANA DE NORWICH).

“Y así vi que Dios está contento de ser nuestro padre, y Dios está contento de ser nuestra madre, y Dios está contento de ser nuestro verdadero esposo, y de que el alma sea su amada esposa. Y Cristo está contento de ser nuestro hermano, y Jesús está contento de ser nuestro Salvador” (JULIANA DE NORWICH).